

LA MUERTE FILOSÓFICA

El hombre es parte del Todo. Su espíritu es parte del Espíritu Universal, su alma parte del Alma Universal, su mente parte de la Mente Universal y su cuerpo parte del Cuerpo Universal. Siendo una unidad en si mismo y existiendo, también, como parte de la gran Unidad combinada, el hombre está así relacionado con cada esfera y plano de conciencia, inteligencia y forma. Dios en el hombre es una parte del Único Dios. Es la misma naturaleza de Dios; porque la Suprema Divinidad existe sin sentido de separación como Uno en Todo y todo en Uno.

Siendo una criatura individualizada, el hombre se ha separado del resto de la naturaleza; se ha circunscripto por una muralla, y todo lo que hay dentro de esos muros lo llama “Yo” y todo lo que hay afuera del muro lo llama: “Tu”, “Ellos”, “de Ellos” ‘o “Aquello”. Por consiguiente, hay millones de pequeños castillos aislados y rodeados por esas murallas de la individualidad y en cada Castillo se alberga un despótico señor que se pasea de arriba a abajo en su fortaleza y se proclama como señor y dictador del mundo. Ocasionalmente, se divierte arrojando piedras contra los muros de la más cercana fortificación o, de un modo más amable, puede bajar el puente levadizo y salir a conversar con el despótico señor del castillo próximo. De vez en cuando, los señores de dos o tres castillos estiman que su poder podría acrecentarse si combinan sus fuerzas. De este modo, construyen sus castillos uno junto al otro, pero muy rara vez, o nunca, fraternizan sin un ulterior motivo de conveniencia.

El nombre del déspota que gobierna cada castillo es “Yo”. Se relata en las Escrituras que parte de los ángeles se rebelaron contra Dios y establecieron un imperio rival, proclamando ser iguales a Dios. Y el Señor mandó contra los ángeles rebeldes a Miguel, el luminoso Arcángel del sol, quien, con su flamígera espada derrotó a los rebeldes y los arrojó junto con Lucifer, su príncipe, a las profundidades del Caos. Pareciera que estos ángeles rebeldes encarnaron en la forma de “Yoes” y están todavía intentando levantar su propio reino y ser tan poderosos como Dios, quien es su Causa común.

El sentido de separación es una de las ilusiones mentales que la raza humana debe abandonar. Los grandes maestros que nos han sido enviados, a través de los siglos, han trabajado para juntar varios tipos de individuos en armoniosa vinculación. Jesús dijo a sus discípulos que debían amarse los unos a los otros, ya que todos los hombres son hermanos. Hay sólo un paso más arriba de esto, para cuya realización la humanidad deberá despertar ultrárrimamente. No es suficiente que: “nos amemos los unos a los otros” sino que cada uno debe realizar que *somos uno con, y parte de todas las cosas*. Bien puede decirse: “Tú eres uno con tu semejante.

Hay una antigua alegoría en el chivo de Israel, sobre el que todas las tribus concentraban sus pecados y, y luego, lo largaban en el desierto. Este es el relato del Uno que debía morir para que el Todo viviera, y para nuestro progreso el general “YO” debe ser sacrificado. La parte despótica la naturaleza humana, la cual ha querido edificar su imperio

separado para vivir aislada, debe ser destruida para que la parte noble, grande y verdadera pueda reunirse con su supremo origen espiritual.

Con un rápido golpe de la espada del desapego dividid lo falso de lo verdadero. Realizad que sobre ese ser personal que se llama a si mismo “YO” existe el Ser impersonal, noble, que no construye murallas sino que, abriendo los brazos, reúne a todos en el amor y la comprensión y los conduce, con él, al glorioso estado de unidad con el Todo.

EL LOGRO DE LA INMORTALIDAD CONSCIENTE

Mientras más ignorante es el individuo más limitado es el campo de su expresión. Por lo tanto, se dice que la persona ignorante está confinada dentro del anillo formado por la circunferencia exterior de su conocimiento. En el individuo medio, esta inhibición es tan notoria que se le ha comparado a un sepulcro en el cual las divinas potencialidades yacen enterradas, esperando el llamado de la conciencia que libere al Ser aprisionado con el desarrollo del círculo del conocimiento.

Frecuentemente oímos que hay personas que tratan de vivir eternamente, y, en ciertas ocasiones, alguna publicación científica declara que no hay ninguna causa razonable de la muerte y que la gente debería vivir, por menos, quinientos años en buena salud. Uno de los casos más patéticos que conocimos, fue el de un individuo que quería seguir viviendo por siempre, y que, aun en el momento de su muerte, se revelaba contra la idea de la disolución física.

Esto nos lleva a un importante hallazgo, o sea, que: ***la mortalidad no es nada más que la aceptación de la realidad de la muerte.*** La muerte no es un proceso físico, sino un concepto intelectual. La muerte no es el arrojar la envoltura física, ni la vida la perpetuación del cuerpo físico.

En los Misterios de la Pirámide, los sacerdotes egipcios, conociendo las fuerzas ocultas de la naturaleza, concertaban el envío del alma del neófito, en la forma de un ave, fuera de su cuerpo físico, a vagar durante tres días y sus noches por los campos Elíseos. Al retornar a su forma física y despertar de su trance, el nuevo iniciado era declarado inmortal, no porque no se desprendería de su cuerpo físico cuando muriera, sino porque había comprendido que él no era su cuerpo y que su verdadero Ser es lo realmente inmortal. En la realización de esta inmortalidad él podía contemplar el futuro de un período ininterrumpido de conciencia, vida y actividad a través de innumerables milenios.

El ignorante ya está muerto. Aquel que ha alcanzado las cimas más altas de la filosofía, vive eternamente, aun cuando su cuerpo sea quemado en la pira y sus cenizas arrojadas al mar. Cuando Sócrates bebía la cicuta, Critón le dijo: “Maestro, ¿Qué quieres que hagamos contigo después de muerto?” Y Sócrates contestó: Podéis hacer lo que os plazca si podéis agarrarme; ¡Pero, tened cuidado que no me escurra de entre vuestros dedos!”.

El individuo que sólo vive la vida física no ha desarrollado las cualidades de su naturaleza superior y es incapaz de funcionar conscientemente en los mundos sutiles que están más allá de la tumba. Cuando deja caer esta envoltura mortal, se sumerge, por lo tanto, en la inconsciencia, pues no construyó las facultades que le permitirían permanecer consciente en los planos superiores. Sin embargo, cuando el filósofo iluminado desarrolla las facultades del alma y despierta sus poderes trascendentales, la muerte deviene sólo una ilusión; porque, aunque su cuerpo físico muere, su conciencia no se altera por haberse

separado conscientemente de su cuerpo. Continúa viviendo, pensando y sintiendo. Habiendo entrado en la luz, permanece por siempre en la luz.

La inmortalidad consciente es el eterno premio para aquellos que alcanzan las más altas formas de entendimiento mental y espiritual. Los griegos enseñaron que si el alma se centraba en la naturaleza sensual, era prisionera del cuerpo y, por ello, moría con el cuerpo. Pero, si el alma se elevaba durante la vida por sobre las cosas físicas e ilusorias, sobrevivía a la desintegración de su cuerpo y continuaba su búsqueda de la última Realidad.